

DIA TRECE.

San Rodrigo, mártir, y Santa Eufrasia, vírgen.

SAN RODRIGO, MARTIR.

Nació San Rodrigo hácia la mitad del siglo IX, en España, en una antigua villa no léjos de Córdoba, á tiempo que infestada la España por los mahometanos era el teatro de bien contrarias exce-nas; pues cuando por una parte se veia sucumbir á los flacos por el temor de la muerte, se veia por otra presentarse al cadalso las al-mas generosas á sellar con su sangre la fé de Jesucristo. Dichosa-mente pudo contarse entre estos fieles animosos nuestro Santo, si bien con el dolor de ver á un hermano suyo sumido en los errores del mahometismo. Rodrigo hizo cuanto pudo para volverlo al sen-dero de la verdad; pero el ingrato hermano pagó su celo con un odio irreconciliable.

Dedicado nuestro Santo al cuidado de su alma y al cultivo de las ciencias eclesiásticas, resplandeció tanto por su virtud y letras, que se le juzgó digno de los sagrados órdenes, y fué elevado á la dig-nidad sacerdotal. Aumentado con ella su fervor, el zelo de las al-mas le llevaba al ejercicio mas asiduo de las sagradas funciones de su ministerio, trabajando sin cesar en el sostenimiento de los fieles y conversion de las almas pervertidas. Mas el Señor le destinaba á dar con su sangre el testimonio mas ilustre de su religion. El odio que su hermano alimentaba contra él habia de ser la causa inme-diata de su persecucion y de su muerte; pero ántes dió de él la mues-tra mas evidente, si bien se realzó con ella la virtud no comun de nuestro Santo. Sucedió, pues, que hallando un dia Rodrigo á su pérfido hermano en una riña, se metió por medio para apaciguarla; mas esta accion que debia atraerle el amor y la gratitud de aquellos hombres, los irritó de modo que maltratándole y llenándole de he-ridas, lo pusieron á pique de perder la vida.

Recobrada su salud, no sin milagro, continuaba en sus santos ejer-cicios, si bien guardándose prudentemente, por cumplir el manda-miento del Señor, de no exponerse á la gran prueba del martirio ántes del tiempo ó sazon preordenado por su divina Magestad. Lle-gó, en fin, este tiempo apetecido: el hermano apóstata y traidor con-sumó su maldad entregando á los infieles á su inocente hermano,

*S.^a Eufrosia Virgen.**S.^a Matilde Reina.**S. Longinos Martir.**S. Abraham Ermitaño.*

y éste, cargado de prisiones, fué sumido en una profunda mazmorra. Halló en ella nuestro Santo á un cristiano fervoroso que Dios le destinaba para que fuese su compañero en los trabajos y en la muerte. Llamábase Salomon, y su compañía fué de gran consuelo para nuestro Santo, pues mutuamente alimentaban sus espíritus, y se exhortaban á la constancia en el martirio.

No duró mucho este alivio á Rodrigo: el rey mahometano, sabedor de este alivio que se daban en sus penas, los mandó separar, para que probasen todo el horror del calabozo y de la soledad; y á pocos mas dias se resolvió á decidir de una vez de su destino. Hizo los conducir al tribunal: el juez empleó el alegato y las promesas, así como el terror y la amenaza; pero uno y otro fué en vano: la constancia de los esforzados soldados de Cristo lo superó todo, é irritó de manera á aquel tirano, que sin mas espera les mandó cortar la cabeza: ejecutóse al instante, volando aquellas almas felices á ceñirse en la pátria celestial la corona del triunfo. Sus santos cuerpos fueron arrojados al Betis; mas este caudaloso rio restituyó por la divina disposicion tan precioso tesoro. El de nuestro Rodrigo fué hallado incorrupto despues de veinte dias, y sepultado honrosamente en un templo; y en otro se recogió tambien al de su santo compañero.

Santa Eufrosia, vírgen.

En fines del siglo IV existió Antigono, caballero ilustre, de esclarecida nobleza en la corte de Roma, en tiempo del emperador Teodosio el menor, de quien era pariente y habia recibido empleos y destinos muy distinguidos. Este casó con Eufrosia, dama tambien muy noble y de mucha virtud, y estos fueron los padres de nuestra santa, que fué la hija única de aquel matrimonio; porque luego que la tuvieron hicieron voto de castidad, que guardaron ambos con mucha religiosidad hasta su muerte. Murió Antigono cuando Eufrosia apenas tenia un año; y la virtuosa madre para librarse de los compromisos de la corte y de la importunidad de los amantes que solicitaban su mano para nuevas nupcias, se retiró secretamente á Egipto, donde poseia grandes riquezas, llevando en su compañía á la tierna Eufrosia. Eligió para su habitacion una casa inmediata á un monasterio, que entonces se componia de ciento treinta monjas que seguian la vida perfecta en el retiro del claustro y la disciplina monástica. No tomaban mas alimento que yerbas; y eso solo

una vez al día después de medido el sol, y no dormían sino en un saco de cilicios, trabajando continuamente en labores de manos para sostener el culto divino y los gastos de aquel monasterio.

La madre de Eufrasia, que había nacido y se había criado en las comodidades y el lujo de una casa opulenta, pudo renunciar todo esto; y en medio de sus posesiones y riquezas, procuró imitar la estricta observancia de aquellas monjas, á quienes visitaba con mucha frecuencia, y les rogó encarecidamente que aceptaran anualmente una pensión considerable, para que pudieran mantenerse con descanso y disminuyeran los grandes trabajos que tenían; pero la abadesa de aquel monasterio á quien animaba un sublime espíritu de pobreza, rehusó la oferta, diciendo que para poder comprar el cielo, como ellas deseaban, era necesario renunciar todas las comodidades del mundo, y solo pudo conseguir que admitieran un poco de aceite para la lámpara de la iglesia, y otra cantidad de incienso para que sirviera en la celebracion de los divinos oficios.

Con el virtuoso ejemplo de aquellas vírgenes santas y el de su cristiana madre, se iban formando en el corazón de Eufrasia los sentimientos piadosos, y procuraba imitar las prácticas de virtud que veía en todos los que la rodeaban. Antes de que cumpliera siete años, pidió á su madre con mucho empeño, que le permitiera entrar en el monasterio á servir á Dios con mas perfeccion; y la madre llena de alegría la presentó á la abadesa, quien tomando una imagen de Jesucristo se la presentó, y la tierna niña le dijo: "Yo me consagro á Cristo en este voto." Desde ese momento quedó Eufrasia en el monasterio, y su madre se retiró con el dolor de verse ya separada de su hija; pero tambien con el consuelo de dejarla en el albergue de la virtud.

Pasado algun tiempo se enfermó gravemente la madre; y conociendo que su muerte se acercaba, procuró darle las últimas lecciones en estos términos: "Temed á Dios; honrad á vuestras hermanas, y servidles con humildad. Jamás penseis de quién habeis nacido, ni os digais á vos mismo que descendéis de real estirpe. Sed humilde y pobre en la tierra, para poder ser rica y poderosa en el cielo." Después de esto, murió con el consuelo de que ya había asegurado la inocencia de su hija en el claustro, y estaba libre de los riesgos del mundo. Llegó á noticia del emperador la muerte de la madre de Eufrasia, é inmediatamente mandó por la niña para tenerla en su corte y casarla con un senador romano; pero la tierna

niña, con una resolucion superior á su edad, escribió diciéndole: "Invicto emperador: habiéndome consagrado á Dios en castidad perpetua, no puedo faltar á la promesa con que me he ligado, ni casarme con un hombre mortal, que muy en breve vendrá á ser alimento de gusanos. Por el amor de mis padres, que os digneis distribuir en pobres, huérfanos é iglesias, todos mis bienes. Dad á mis esclavos libertad, y descargad á mis vasallos y sirvientes, dándoles lo que les sea debido. Ordenad á los mayordomos de mi padre, que ajusten las cuentas con los arrendatarios, libertándolos de cuanto deban desde la muerte de mi padre, para poder yo servir á Dios, sin obstáculo ni impedimento, y ponerme en su presencia sin que me llame la atencion el cuidado de los negocios del mundo. Rogad á Dios por mí, vos y vuestra digna esposa, para que yo merezca ser digna sierva de Jesucristo. Así contestó Eufrasia á la invitacion de un monarca; así dispuso de todas las riquezas con una caridad ardiente, y así renunció del mundo para buscar á Dios en el claustro de un convento, entregada á la penitencia y oracion. ¡O mundanos los que sacrificais vuestras almas por adquirir bienes temporales; vosotros en el día del juicio seréis confundidos con el heroico ejemplo de una tierna jóven!

Eufrasia era el modelo de perfeccion de todas las monjas; y la abadesa, para probar su vocacion, muchas veces le imponia algunas penas que sufría con admirable resignacion. Pasado algun tiempo de la profesion, duplicó sus ayunos, pues ya no tomaba las yerbas mas que cada tres dias, y últimamente se pasaban siete, para tomar alimento alguno. Hé aquí el modo de sujetar la carne; el ayuno y la mortificacion. No es entre los banquetes y pasatiempos en donde se encuentra la castidad. Eufrasia misma se impuso la obligacion de asear diariamente las celdas de sus compañeras, y lavar y fregar las cosas del uso comun del convento, sin que estas ocupaciones corporales distrajeran su espíritu, que siempre estaba unido á Dios, por la continua oracion. Se distinguia tambien entre sus compañeras por su humildad, y la ciega obediencia á la prelada; porque cualquiera indicacion de ella, era un precepto que guardaba religiosamente.

Estenuada su salud por los ayunos y continuas penitencias, se fueron debilitando sus fuerzas, y murió temprano, en el año 410, á los 30 de su edad; y aunque no se dice el día de su muerte, el Martirologio lo celebra hoy.

La Epistola es del capítulo VII, de la primera del Apóstol San Pablo á los Corintios [pág. 516]

Hermanos: En orden á las vírgenes &c.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo [pág. 550.]

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre los males que trae al pecador el estado de prosperidad.

Considera que la excesiva prosperidad, ó hace que el pecador pierda la fé, como sucede algunas veces, ó la debilita, como sucede ordinariamente. Si el pecador pierde enteramente la fé en la prosperidad, su desgracia es suma; pues con perder la fé lo perdió todo. No puede tener ni esperanza de conversión ni remedio para su salvacion; porque siendo como es la fé el fundamento, faltando éste, todo falta. Si solo se le disminuye la fé, tambien es muy desgraciado; porque queda su espíritu dividido, entre las falsas luces de su pasion, y las verdaderas de su fé. No son estas tan fuertes que puedan oponerse á sus pasiones, ni convertirle; pero son suficientes para inquietarle. Si la fé queda entera, ésta le confunde y le atormenta; porque solo le representa objetos contrarios á sus inclinaciones, verdades que condenan sus acciones y vida. En el Evangelio, si lo lee, solo halla maldiciones contra los ricos y dichosos del siglo: solo ve la obligacion de sufrir su cruz, y de llevarla. Si mira á Jesucristo, Autor y principio de la fé, halla á su Juez en la persona misma de su Salvador; porque si no es su modelo, será el que le condene; y cómo puede Jesus crucificado, ser modelo de un rico, entregado á sus delicias, ó de un dichoso del siglo? La prosperidad no solo debilita ó hace perder la fé, sino que tambien hace lo mismo con la esperanza: ésta tiene dos efectos; el primero, hacernos desear los bienes invisibles y eternos, porque se nos presentan grandes y verdaderos; y el segundo es, hacérmolos esperar, por parecernos fáciles de conseguir con el socorro divino. La prosperidad destruye estos dos efectos de la esperanza, ó á lo menos es incompatible con ellos. Un hombre en medio de la prosperidad y de la abundancia, logrando todas las delicias y bienes, embelesado y

encantado por el amor de los bienes de la tierra, y fuera de sí por los deleites groseros y sensuales que posee, cómo puede estar capaz para moverse, con la consideracion de los bienes puramente espirituales y purísimos que la esperanza cristiana le propone? El hombre carnal, dice San Pablo, no gusta de las cosas espirituales. Renunciaria con gusto los bienes del cielo, con que se le asegurasen para siempre los bienes de la tierra; pero aun cuando un pecador dichoso, fuera capaz de desear los bienes invisibles, ¿podria esperarlos? La fé enseña, que siendo pecador no los puede conseguir, sino es haciendo penitencia y mortificando sus pasiones, su carne y sus sentidos. ¿Pues cómo podrá, quien está enteramente entregado á sus deleites, abrazar la mortificacion que le causa tanto horror?

Considera que la prosperidad impide ó estorba al pecador recobrar la caridad; porque hace su conversion como imposible, y á él como incorregible. Los hombres no se le atreven. A un grande del mundo, á un dichoso del siglo, rodeado de dependientes que le lisonjean, solo le representan con aplausos sus mayores desórdenes. ¿Qué difícil es que un grande encuentre á un Juan Bautista, que le diga: *No es permitido lo que ejecutas*. Dios no se digna de corregirle; porque el pecador dichoso olvida, menosprecia y abandona á Dios. Dios tambien por su parte le menosprecia; *¿y quién podrá corregir*, como dice el Espíritu Santo, *á quien Dios menosprecia?* Dios le olvida y le abandona á los desos de su corazon, que es mucha mas severa pena que si le abandonase en manos de sus mas crueles enemigos: no se digna de enojarse contra él con aquel enojo de padre con que castiga á sus hijos para emendarlos; porque no le mira ya como hijo: *Yo no me digno de enojarme contra tí*, dice por boca del profeta. El mayor efecto, dice San Agustín, de la ira de Dios contra el pecador, es no enojarse contra él. El mas terrible de todos los castigos es el no castigarle.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Con justa razon abandona el Señor á los que lo abandonan; pues si bien es liberal y bondadoso, lo es como Dios; esto es, siendo-lo de manera que no degrade ni envilezca su infinita dignidad, ni consienta en la desestimacion de unos bienes, que si bien nos comunica con liberalidad, no los prodiga con insensatez. Esta reflexion basta para hacernos temer el abuso que hacemos de las gracias y auxilios que Dios nos da; y de este santo temor, podemos

formar nuestro propósito, pidiendo al Señor nos tenga de su mano para que no le abandonemos ni en la prosperidad ni en la desgracia.

JACULATORIA.

Bienaventurado el hombre que siempre teme á Dios.

LECCION.

Sobre las causas del juicio final.

Habiendo ya manifestado bastante el dogma cristiano por el que creemos el juicio final, y habiendo probado nuestra creencia por la autoridad de muchos lugares expresos y terminantes de las Escrituras Santas, en cuya fé ha estado siempre la Iglesia; como nos lo confirman los escritos de los Santos Padres, cuyos textos hemos copiado, no puede quedar duda en que despues del juicio particular que ha de seguir á la separacion del cuerpo y del alma de cada uno: al fin del mundo, ha de venir por segunda vez el Mesías á juzgar á los vivos y á los muertos: nos resta, pues, que examinar las causas de este segundo juicio, segun exponen terminantemente Santo Tomas, el catecismo del concilio de Trento, y otros muchos teólogos dogmáticos.

Aunque cada hombre es juzgado al instante que muere, sin embargo es aquel juicio de mucha utilidad, entre otras, por las seis razones siguientes: Primera, para que se aumente la gloria de los santos, y el castigo de los malos á proporcion de los méritos de cada uno de ellos. Segunda, para justificar la conducta divina delante de los hombres, contra la que blasfeman tan frecuentemente los impíos, y vindicar la providencia, la sabiduría y la justicia divina. Tercera, para recompensar ó castigar á los cuerpos de los hombres así como á sus almas. Cuarta, para que sabiéndolo los pecadores, sean atraídos á la penitencia. Quinta, para que los justos recuuperen su fama, y la pierdan los impíos; y sexta, para que sean separados los buenos de los malos públicamente delante del mundo entero.

Como despues de la muerte de los hombres suelen quedar sus hijos ó discípulos, sus amigos ó sectarios, y los defensores ó propagadores de los ejemplos de su sana doctrina ó de sus errores, de su santa vida ó de sus malas obras, es necesario que por esta razon se aumenten los premios ó las penas de los que en su vida dieron ori-

gen á aquellas diversas consecuencias y fueron los autores de tan dichosos, ó de tan infelices resultados. Hay pecados y buenas obras que no tendrán su fin y cumplimiento hasta el fin del mundo, y que por consiguiente no podrán ser castigados ó recompensados hasta entónces con su debida proporcion. Finalmente, como la utilidad ó la calamidad que resulte de las doctrinas, de los ejemplos y de las buenas ó malas acciones, que traen despues de sí reatos y consecuencias, pertenecen á muchos, y acaso traen consigo los errores ó la felicidad, no solo de una, sino de muchas generaciones; y tal vez no tendrán fin hasta el último dia del mundo, era justo y conveniente que se hiciese un exámen y se tomase cuenta de todos los hechos buenos ó malos que se siguieron á la vida del hombre, que aunque juzgado ya á su fallecimiento, se hizo acreedor sin embargo á mayores premios ó á mayores castigos. Los ejemplos harán patente esta verdad.

Un heresiarca no solamente es reo de todo el mal que él ha hecho separándose de la Iglesia: es tambien cómplice en el pecado que cometen todos los que persuadidos por su ejemplo ó seducidos con sus engaños, ó alucinados por sus sofismas se separaron, ó han de separarse de la Iglesia hasta el fin del mundo; por consecuencia sus pecados no habrán llegado al colmo ni podrán ser castigados en su justa proporcion hasta el último de los dias. Por el contrario, un Apóstol merece, no solo por el bien que él mismo ha puesto en ejecucion, sino igualmente por el que hacen y harán hasta la terminacion de los siglos las personas formadas, instruidas y convertidas al Señor por sus ejemplos, sus escritos y sus instrucciones. De este modo puede juzgarse del castigo, por decirlo así, de los pecados, y especialmente del escándalo, así como tambien de la fecundidad, si así se puede llamar, de las virtudes que hacen necesario el juicio final.

La segunda causa del juicio final es para que sean vindicadas de las críticas de los impíos, y alabadas, como corresponde, de la Providencia divina, su sabiduría inmensa y su eterna justicia. Los males y los bienes, las adversidades y las prosperidades se mezclan de tal modo en el mundo, que muchas veces no distinguen á los malos de los buenos, y aun en otras recae con preferencia las desgracias en los justos y las comodidades en los perversos, por razones ocultas que la Providencia divina conserva en sus arcanos; de donde resulta que muchos blasfemen de la justicia del Eterno, de su pro-

videncia, y aun los justos se comueven en algunas ocasiones cuando ven á los malvados poderosos en riquezas y rebosando honores. "Por poco no se movieron mis piés," dice David: "por poco no resbalaron mis pasos; porque me llené de zelo sobre los iníquos, viendo la paz de los pecadores; porque no atienden ellos á su muerte, y no hay firmeza en la lagá de ellos. No se ven en el trabajo de los hombres, ni con los demas serán azotados. Por eso se apoderó de ellos la soberbia. Pensaron y hablaron malignidad; iniquidad hablaron en alto. Pusieron contra el cielo su boca. . . . Y dijeron: ¿Acaso Dios sabrá esto, y tendrá de ello noticia el Altísimo? He aquí que los mismos pecadores y los que abundan en el siglo han adquirido riquezas." Y dije: Luego en vano he justificado mi corazón, y he lava doentre los inocentes mis manos; pues he sido azotado todo el día. . . . Pensaba en entender esto; trabajo es esto para mí, hasta que entre en el santuario de Dios y entienda las postimerias de ellos. . . . Levántate, Dios, juzga tu causa. . . . Dije á los malvados: No queráis hablar inicuamente contra Dios. . . . Porque es Dios el juez: á este humilla, y á aquel ensalza. . . . Todos los negocios de corazón quedaron turbados. Durmieron su sueño, y nada hallaron en sus manos todos estos hombres de riquezas. . . . Desde el cielo hiciste oír tu juicio, la tierra tembló y se sosegó." Era, pues, necesario un juicio universal, en el que se decreten públicamente premios á los buenos y castigos á los malos, para que se dé la alabanza que se debe á Dios, á su justicia, su providencia y su sabiduría. Por eso dice el citado Profeta: "No tengas envidia á los malignos, ni celos de los que hacen iniquidad; porque ellos como heno se secarán prontamente, y como hortaliza y yerbas luego decaerán. Espera en el Señor. . . . y pondrá en claro como la luz tu justicia, y tu buena causa como el mediodía. . . . No quieras envidiar al que tiene prosperidad en su camino." "Los arbustos pequeños," dice San Agustín, "y los troncos de las yerbas son generalmente débiles, no se levantan á grande altura de la tierra, y carecen de largas raíces, por lo que se secan en el invierno, y se caen con la fuerza del sol en el estío. Ahora es el invierno, aun no aparece tu gloria; pero si estuviere profunda la raíz de tu caridad, sufrirá como muchos árboles el rigor de los fríos y reverdecerá en la primavera, esto es, en el día del juicio: entónces florecerá y aparecerá la frondosidad de la gloria de los árboles; porque estais muertos," dice el Apóstol á los colosenses, "á la manera que se ven en el

invierno secos, áridos y muertos los árboles. ¿Qué esperanza puede haber si estamos muertos? La que tiene el árbol en su raíz, que conserva toda la fuerza y vegetación. La raíz está dentro, y en donde está nuestra raíz, allí está nuestra vida; porque allí está nuestra caridad, y nuestra vida, dice, está escondida con Cristo en Dios. ¿Cuándo florecerá el que así tiene su raíz, cuándo llegará nuestro verano, cuándo se presentará nuestro estío, cuándo nos miraremos vestidos con la frondosidad de las hojas y nos veremos cubiertos de abundantes frutos! Oigamos lo que sigue: Cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida, entónces tambien vosotros aparecereis con él en la gloria." En otro lugar dice el mismo Santo Doctor: "Cuando llegáremos á aquel juicio de Dios, á cuyo tiempo se llama con toda propiedad día del juicio, y algunas veces, día del Señor, se manifestarán como justísimos, no solo los juicios que se verifiquen entónces, sino tambien todos los que ha habido desde el principio y los que han de seguirse hasta aquella época. Allí tambien se manifestará entónces, con cuánta razon se oculten hoy á los sentidos y al entendimiento humano todos los justos juicios de Dios; sin embargo que no se oculta hoy á las almas piosas como si estuvieran presentes, y te concede estos conocimientos anmentando tu ciencia, que no es poca la que consigue el que se junta al sabio. El Señor tiene los ojos del conocimiento: tén tú los de la credulidad y de la fé. Cree tú lo que Dios vé. Venirá, pues, el día del injusto, el cual está Dios previendo. ¿Qué día? El día de las venganzas, porque es necesario que se vengaue en el impío, ya se convierta ó ya no se convierta; porque si sucede lo primero, el mismo ha vengado á Dios por su penitencia, porque peree la iniquidad; y si lo segundo, las penas á que será condenado serán su venganza eterna." "Ahora conocemos á Dios," dice San Basilio, "tan solamente en una pequeña parte: lo concebimos como misericordioso y no como justo, para que en el supremo juicio lo conozcamos completamente; porque la justi-

cia es la plenitud de la divinidad.²⁶ Conviene por consiguiente que haya un juicio general para que á todos se patentice que la *miseri-cordia de Dios*, como dice el Eclesiástico, *desde toda la eternidad y eternamente se ejerce sobre los que le temen, y que en los pecadores se vea su ira*: pudiéndose decir que Dios concede algunas veces la felicidad temporal á los impíos para remunerar en un tiempo brevísimo sus buenas obras, habiendo de castigarlos despues eternamente por sus graves crímenes; por el contrario, permite que los buenos sean ejercitados con penas temporales, tanto para castigarlos por los pecados veniales, como para dar materia á su paciencia, cuando despues ha de darles el tesoro infinito de su gloria. *No querrais juzgar antes de tiempo*, dice San Pablo á los corintios, *hasta que venga el Señor que iluminará tambien las mas escondidas tinieblas*.

La tercera causa del juicio general es, que tanto los santos como los réprobos, ejecutaron buenas ó malas acciones en las que turvieron parte sus cuerpos, por lo que las buenas ó malas obras pertenecen de algun modo á los cuerpos como á los instrumentos con que algunas de ellas se verificaron; es por lo mismo muy conveniente que se den juntamente á las almas, y á los cuerpos tambien, los premios debidos de la gloria eterna ó los castigos merecidos de los suplicios interminables; lo que no podria verificarse sin la resurreccion universal de la carne y sin el juicio universal que le ha de seguir inmediatamente. "Decimos," exclama Tertuliano, "que debe creerse el pleno y perfecto juicio de Dios, como que ya ha de ser último, y por lo mismo perfecto: el mas justo, y por consiguiente el mas digno de Dios, pleno y perfecto. Así es que la plenitud y perfeccion del juicio no consta sino de la representacion de todo el hombre, y como quiera que el hombre todo conste necesariamente de dos sustancias, la corpórea y la espiritual, es tambien necesario que sea juzgado en una y en otra, porque con una y otra vivió y mereció ó faltó, pues con una sola no habria vivido. Cual vivió, así debe ser juzgado, y cual mereció, recibir el premio ó el castigo; porque la vida es la causa del juicio y lo que en él se examina; así, pues deben tener parte en él las dos sustancias que compusieron al hombre mientras tuvo vida."²⁷ La esperanza de que su cuerpo habia de disfrutar de la felicidad eterna, animaba en sus inauditos padecimientos al sufrido Job, cuando exclamaba: De nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne verá á mi Dios, á quien he de

ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar.... esta mi esperanza está depositada en mi pecho; y si los justos han de participar en sus cuerpos del premio que hayan merecido con sus obras, los infeas tambien sufrirán en su carne los castigos á que se hayan hecho acreedores. Es conveniente, por tanto, el juicio universal, para que en él sea juzgado todo el hombre, no solo en cuanto á su alma, sino tambien en cuanto á su cuerpo, puesto que en el juicio particular solo el alma inmortal recibe el premio ó el castigo de sus buenas ó malas obras, convirtiéndose aquel en polvo, mientras llega la resurreccion general.

DIA CATORCE.

Santa Matilde, reina de Alemania.

Nació Matilde en Alemania, y su padre, que lo fué Teodorico, conde de Sajonia y hombre de mucha virtud, dispuso que la niña entrara á educarse al monasterio de Erford, que estaba gobernado por su abuela que era la abadesa. Al lado de esta virtuosa religiosa, y con el ejemplo de las demas, recibió Matilde las primeras ideas de la piedad y de la religion; y las fué perfeccionando con la edad y con la lectura de libros espirituales, que dirigian sus inclinaciones á las cosas serias, y la apartaban de todo lo infútil. Cuando Matilde llegó á la pubertad, su padre consideró que era preciso casarla, y la sacó del convento para que se desposara con Enrique, hijo de Oton, duque de Sajonia, cuyo matrimonio se verificó en el año 913. El esposo que Teodorico habia elegido para su hija era digno de ella por su virtud, y habiendo llegado á ser duque de Sajonia por la muerte de su padre, ocupó despues el trono de Alemania en el año 919, por el fallecimiento de Conrado.

Este príncipe virtuoso supo hacer la felicidad del pueblo, y procuró aliviar á sus vasallos de las gabelas y tributos que ántes pagaban. Fué muy afortunado en la campaña, y siempre triunfó de los húngaros y de los danos, habiendo añadido á su imperio el territorio de Baviera. Matilde se habia propuesto seguir en su palacio la misma vida arreglada que en su niñez tuvo en el convento de Erford, y procuraba extender su piedad entre sus domésticos.

Estaba dedicada continuamente á la oracion y meditacion, y á la

práctica de las obras de misericordia, bien con sus domésticos, ó con sus demas vasallos. Procuraba no concurrir á diversiones si no eran aquellas que por razon de su estado debia asistir, haciendo cuanto estaba de su parte para que en su corte no hubiera el lujo que es tan pernicioso en la sociedad.

Visitaba Matilde todos los dias á los enfermos en los hospitales, daba crecidas limosnas á los pobres, y consolaba á los infelices presos, á quienes muchas veces sacaba de las cárceles, cuando esto era compatible con la justicia. A imitacion de esta Santa practicaba su marido todas las virtudes con igual fervor; pero habiendo caido gravemente enfermo, Matilde conoció que tal vez llegaria el fin de su vida, y no cesaba de rogar á Dios por él en los templos donde estaba en continua oracion, y puesta á los piés de los altares oyó las lágrimas y gemidos del pueblo que le avisaban la muerte de su esposo, y en aquel mismo acto llamó á un sacerdote para que celebrase el santo sacrificio de la Misa, y ella se despojó de todos sus vestidos y joyas preciosas para dárselas al mismo sacerdote, manifestándole con esto el desprendimiento con que veia desde entonces las cosas del mundo.

En su viudedad quedaron á Matilde tres hijos, el mayor que se llamaba Oton, que ocupó el trono: Enrique, duque de Baviera, y Bruno, que fué santo y arzobispo de Colonia. En Alemania entonces era la corona electiva, y Matilde tomó empeño en que el pueblo nombrara á Enrique, posponiendo al primogénito; pero contra el voto de ella recibió Oton la corona de Alemania en el año 937, y despues subió al trono de Roma en el de 962. Los deseos que tuvo Matilde de que se coronara Enrique, le parecieron un delito muy grande, que procuró lavar con penitencias y repetidas mortificaciones: Oton y Enrique faltando al respeto maternal y á las consideraciones de que era digna Matilde, tanto por su virtud como por haber sido reina, conspiraron contra ella, guiados únicamente de la ambicion por poseer lo que le tocaba de viudedad. Por mucho tiempo careció nuestra Santa aun de lo necesario para la vida, y en esta situacion lo que mas adigia su espíritu era ver que no tenia con que socorrer á los infelices; pero por fin llegaron á conocer su error los hijos, y volvieron á Matilde su viudedad, y entonces ya pudo ser liberal con los necesitados, dando á sus riquezas el mejor destino que puede dárselles, que es el de redimir con ellas nuestras culpas y comprar el cielo, depositándolas en los pobres, para tenerlas con-

vertidas en preciosos tesoros en el día del juicio. ¡Cuán distantes están de hacer esta compra los que solamente la hacen del infierno, negando los socorros á los menesterosos, y aun despojándolos de lo poco que tienen para aumentar el lujo y sostener los vicios! Matilde fundó con su dinero varias iglesias y cinco monasterios, de los cuales el principal puede decirse que fué el de Polden, en el ducado de Brunswick, en el que mantenía de su cuenta tres mil monges. No fué ménos célebre el que fundó en Quidlemburgo, cuya abadía llegó á ser la primera del imperio. En esta casa donde sepultó el cadáver de su esposo, fijó su habitacion ordinaria, y ya no pensó en otra cosa que en las prácticas de virtud, y en enseñar á los pobres y á los ignorantes el modo de servir á Dios.

Llegó su última enfermedad, y se confesó con su nieto Guillermo, que era arzobispo de Menzt, el cual murió ántes que ella, y se repitió su confesion públicamente delante de varios sacerdotes y monges; y habiendo recibido los últimos sacramentos, murió tranquilamente el 14 de Marzo del año 968. Sus reliquias se conservan en el monasterio que la Santa fundó en Quidlemburgo.

La Epístola es del capítulo XXXI de los Proverbios.

¿Quién hallará una muger fuerte? Es de mayor estima que todas las preciosidades traídas de léjos y de los últimos términos del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Ella le acarrea el bien todos los dias de su vida, y nunca el mal. Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos. Viene á ser como la nave de un comerciante que trae de léjos el sustentó. Se levanta ántes que amanezca, y distribuye las raciones á sus domésticos y el alimento á sus criadas. Puso la mira en unas tierras, y las compró; y de lo que ganó con sus manos plantó una viña. Revistióse de fortaleza, y esforzó su brazo. Probó, y echó de ver que su trabajo le fructificaba: por tanto tendrá ençendida la luz toda la noche. Aplica sus manos á los quehaceres fatigosos, y sus dedos manejan el huso. Abre su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado. No temerá que molesten á los de su casa los frios ni las nieves, porque toda su familia traen vestidos aferrados. Se labró ella misma para sí un vestido acolchado: de lino finísimo y de púrpura es de lo que se viste. Su esposo hará un papel brillante entre los jueces, cuando se sentare con los señadores del pais. Ella

teje finísimas telas, y las vende, y entrega tambien ricos ceñidores á los cananeos. La fortaleza y el decoro son sus atavíos: y estará risueña en los últimos dias. Abre su boca con sabios discursos, y la ley de la bondad gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. Levantáronse sus hijos, y aclamáronla dichosísima: su marido tambien, y la alabó. Muchas son las mugeres que han allegado riquezas; pero tú te aventajaste á todas. Engañoso es el donaire y vana la hermosura: la muger que teme al Señor esa será la celebrada. Dadle del fruto de sus mamos, y célebrense sus obras en presencia de los jueces.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo. [pág. 550.]

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre el sumo mal que en sí encierra la tibieza.

Considera qué gran motivo de temor y de humildad es no poder asegurarnos de si estamos en gracia; pero si acaso hay fundamento para creer que no lo estamos, es mucho mayor el motivo para nuestra humillacion y para nuestro desconsuelo. Un ferrososo teme no estarlo; pero espera mas de lo que teme; porque tiene muchas razones par creer que lo está, y así no le inquieta el temor; pero un hombre tibio tiene muchas razones de creer que no está en gracia, y por consiguiente teme mas de lo que espera. ¿Qué puede haber mas terrible! Iniego que la gracia está en una alma, reside el Espíritu Santo en ella como en su templo. ¿Pues por dónde se puede juzgar que resida el Espíritu Santo en una alma tibia? Es el Espíritu Santo un espíritu purísimo, ardiente y vehementísimo. Una alma tibia es material, sensual, fria y cobarde: ¿pues cómo este espíritu podrá subsistir en una alma de estas calidades? Su divina Magestad nos asegura que esto no puede ser. ¿Cómo podria un espíritu ardiente habitar en un corazon de hielo? ¿Cómo se habia de conformar con tanta cobardía? Pues si hay tantas razones para dudar que el Espíritu Santo habite en una alma tibia, las mismas dan á entender que no está en gracia; porque este es el nudo ó union que une al Espíritu Santo con el alma. La gracia es en nuestra alma, lo que la alma en nuestro cuerpo; esto es, su forma, ó por me-

por decir, el alma de nuestra alma. El alma en el cuerpo, es principio continuo de las acciones de la vida natural. La gracia en nuestra alma, es principio continuo de las acciones de la vida sobre natural. Cuando vemos un cuerpo sin ningun movimiento ó accion de vida natural, inferimos con razon, que se ha separado el alma, que murió; pues asimismo cuando se ve una alma sin ningun movimiento, ó accion de la vida divina, de la vida sobrenatural, ¿no debo inferir que no está la gracia, y que esta alma está muerta? ¿Pues cómo hallaremos acciones de vida sobrenatural en una alma tibia y cobarde? Entre ella en sí misma, examine su corazon y acciones, y vea si encuentra una sola que sea verdaderamente sobrenatural, de quien Dios sea únicamente el principio y el fin. La naturaleza, el genio, la pasion, la costumbre, la vanidad y respeto humano, serán por la mayor parte principio de todas sus acciones, y puede ser que la gracia no tenga parte en ellas.

Considera que el medio mismo de que una alma tibia se sirve para recobrar la gracia; quiero decir, el sacramento de la Penitencia, da motivo á dudar que la logre. El sacramento de la Penitencia debe ser acompañado con contricion, ó perfecta ó imperfecta, pero verdadera: y esto aun cuando nos confesamos solamente de pecados veniales: sin esta circunstancia la confesion es nula ó sacrilega. Una y otra condicion es muy difícil para una alma tibia, singularmente de los pecados veniales. La consideracion del infierno es casi el único motivo para mover á una alma tan poco sensible como es la tibia; y esto no puede ser, á lo ménos directamente, motivo de contricion imperfecta de los pecados veniales. La perfecta le es aun mas difícil; porque, en fin, el dolor de haber ofendido á Dios, aun en cosas ligeras, por solo la consideracion de haberle desagradado, es tan noble, tan desinteresado y perfecto, que es lo mas á donde pueden llegar las almas mas ferrososas: ¿pues cómo podrá esperar una alma tibia y poco fiel, que muestra con las frecuentes faltas veniales que comete de propósito deliberado, que siente tanto el desagradar á Dios? Todo esto, Señor, da motivo á mi tibieza para dudar de la bondad de mis confesiones, y para temer que el mismo medio que me habeis dado para recobrar la gracia, haya sido por mi negligencia ocasion de perderla.

PETICION Y PROPOSITOS.

Las reflexiones que acabamos de hacer, aunque á primera vista parecen llevadas á un extremo de rigor, nada tienen en realidad que no sea muy conforme á las reglas de la moralidad y á los principios sobre que gira toda la economía de la gracia de Dios en la santificación de las almas. No se juzga así por el común de los hombres que no obedecen á la voz de su conciencia, y por eso cometen los lastimosos yerros que los conducen á su perdición. Nosotros mas temerosos y delicados, y por lo mismo mas cuerdos, debemos ver este negocio con toda la circunspeccion que demanda; esto es, como que de él trata de ella la salvacion de nuestra alma; y cierto es que cuando se trata de ella no debemos contentarnos con ménos que con una total seguridad de la legitimidad de los medios que pongamos para lograrla. Sea este nuestro propósito, y pidámos al Señor el acierto en la eleccion de estos medios.

JACULATORIA.

Dignate, ó Señor, comunicarme aquella sabiduría que assiste á tus consejos.

LECCION.

Continúa la anterior.

Otra de las causas por que es conveniente que despues del juicio particular que sufre todo hombre inmediatamente despues de la muerte, haya de haber un juicio universal, en que reunidos todos sean examinados públicamente y sentenciados conforme á sus merecimientos, ha sido sin duda dar á esta resolucio definitiva de la suerte eterna de los hombres, todo el aparato, magnificencia y publicidad convenientes, á fin de que la vergüenza, el pudor y confusio de verse los pecadores descubiertos sin velo alguno, tales como son, exciten en su vida aquel santo y justo temor de Dios, que siendo el principio de la sabiduría, los retraiga y contenga de aquellos delitos que no se atreverian á cometer en público, y que néciamente imaginan pueden quedar ocultos sin descubrirse jamas; y esta es la cuarta de las causas que anunciamos en la leccion anterior, y que continuamos hoy.

El justo temor del juicio universal debe retraer á los pecadores

de sus crímenes y hacerlos entrar en el camino recto, á la vez que alentar y recrear á los justos en medio de las adversidades y contradicciones que se ofrecen en esta vida mortal. San Juan en el Apocalipsis nos refiere que vió un ángel volando por medio del cielo, que tenia el Evangelio eterno para predicarlo á los moradores de la tierra, diciendo: *Temed al Señor, y dadle honra, porque vino la hora de su juicio.* El Eclesiástico nos aconseja: *En todas tus obras recuerda tus novísimos, y no pecarás.* El salmista rey decía: *Traspasa con tu temor mi carne, porque he temido tus juicios.* Esto es, como explica San Agustín, *con tu temor casto*, que permanece en los siglos de los siglos, comprímense mis deseos carnales, porque *he temido tus juicios*. . . Mas la caridad perfecta arroja y rechaza este temor con que se teme la pena, convirtiéndonos en hijos, no por temor del castigo, sino por el placer de la justicia. Porque este temor, con el cual no se ama la justicia, sino que se teme la pena, es un temor servil, como que es carnal y no crucifica la carne, porque vive la voluntad ó el deseo de pecar, que se descubre en la accion cuando puede verificarse impunemente; pero cuando se cree que le ha de seguir la pena, vive como oculto y escondido; pero realmente vive. Querria mejor el que tiene este temor servil que la cosa prohibida fuese lícita, y siente que esté prohibido aquello que la ley veda, porque no se deleita espiritualmente con su bondad intrínseca, sino que carnalmente teme el mal ó la pena que lo amenaza. Mas con el temor casto, la caridad arroja este temor servil y degradante, la caridad hace que se tema al pecado aun cuando de ejecutarlo no se siguiese ningún mal, y pudiese practicarse con toda impunidad; porque no juzga que ha de quedar impune cuando con el amor de la justicia no puede ménos de reputar como una pena el pecado mismo. Con semejante temor se crucifica la carne, porque los deleites carnales que los preceptos de la ley prohiben, mas bien que evitan, se vencen con el deleite de los bienes espirituales, y llegan á desaparecer y á destruirse, creciendo la victoria hasta llegar al grado de la perfeccion cristiana.

Aquel temor casto y liberal se une perfectamente con el deseo y el amor del dia del juicio, que algunas veces se enciende en los corazones de las almas piadosas, que exclaman como San Pablo en su carta á Tito: *Yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demas, me está reservada la corona de la justiciu, que el Señor, justo Juez, me dará en aquel dia,*

y no solo á mí, sino tambien á aquellos que aman su venida. Ya ántes habia manifestado el mismo deseo el profeta David, por estas palabras: "A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea el alma mía, ó Dios. Sedienta está mi alma del Dios fuerte, vivo. ¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de Dios? Pero lo que mas claramente manifiesta esta perfeccion de la caridad, que procede del temor casto y liberal y no del serril, son las siguientes palabras de la primera epistola del Apóstol San Juan: Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él. Por esto fué consumada la caridad de Dios con nosotros, para que tengamos confianza el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En la caridad no hay temor; mas la caridad perfecta echa fuera el temor; porque el temor tiene pena; y así el que teme no es perfecto en la caridad. Pues amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero." Y es claro que aquel que ama la venida del Señor, que la aguarda con toda la sinceridad de su fé, con toda la firmeza de su esperanza y con todo el ardor de su caridad; el que viviendo piadosamente se prepara con toda vigilancia para el último día de su vida, y por consiguiente para el día del Señor, y de su segunda venida: "porque," como dice San Agustin, "cuál muere, cada uno así será juzgado en aquel día." Luego debemos no solo temer, sino amar el día del juicio universal. Debemos tambien esperarlo con confianza, pues que esté día es la esperanza de los cristianos que aman á Dios y que sirven con sinceridad á Cristo. Por eso dice el mismo Salvador, segun San Lucas, despues de haber anunciado las señales que precederán al juicio: *Cuando comenzaren, pues, á cumplirse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redencion.* Si amamos á Cristo, debemos desear su venida. "Pidamos, pues," dice el mismo Santo Doctor, "que venga su reino, y no temamos el no ser escuchados. ¿De dónde puede venir el temor de que haya de venir el Juez supremo? ¿Acaso puede ser un Juez injusto, malévoló ó envidioso? ¿Esperas por ventura que otro alguno conozca de tu causa mas bien que aquel á quien instruíste tú mismo, ó que te engañe por prevaricacion, ó que falto de saber ó de poder no pueda demostrar el bien de tu inocencia? Nada de esto. ¿Quién, pues, ha de venir? ¿Por qué no te alegras? El que ha de venir á juzgarte no es otro que el mismo que vino á ser juzgado por tí. No temas al acusador, de quien el

mismo Cristo dijo por S. Juan: *Ahora es el juicio del mundo, ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo.* No temas al mal abogado, porque él mismo será para tí, en cierto modo, patrono que entónces será tu juez. Tal será el juez, y la revelacion de su causa el testimonio de tu conciencia. Si temes al juez que ha de venir, corríjete desde luego en el tiempo presente." Con razon, pues, dice Tertuliano: "El día del último juicio, se llama día del gusto cristiano. Tengamos una buena causa para que no temamos el juicio venidero. Nuestra perdicion ha sido nuestro pecado, la sangre de Cristo nuestro precio, la resurreccion del Salvador nuestra esperanza, la venida de Cristo nuestro gozo. Diga nuestra alma sedienta y ansiosa por aquel día, ¿cuándo vendrá? ¿De seas que venga? Ojalá te encuentre preparado su venida." *Diste á los que temen,* dice el salmista rey, *una señal para que huyan de la faz del arco, y se libren sus amados.* "Por lo mismo," dice San Agustin, "horrorízate, porque amenaza el Omnipotente: ama, porque promete el Omnipotente." El temor, pues, el amor y la esperanza del día del juicio universal debe contener al pecador y alentar al justo.

La quinta causa del juicio universal es para que sea recuperada la fama de los justos que con frecuencia se mira defraudada por los necios en el trascurso de esta vida mortal, mientras que las glorias mundanas, y acaso los vicios, son calificados de heroismo y alabados en gran manera; por lo que la justicia divina exige que los hombres piadosos recuperen la estimacion perdida por la injuria, la critica y el sarcasmo de los perversos, en la mas pública reunion de los hombres de todos los climas y todas las naciones, y en un juicio en que, como dice San Pablo á los corintios: *El Señor aclarará aun las cosas escondidas de las tinieblas, y manifestará los designios de los corazones; y entónces cada uno tendrá de Dios la alabanza.* Y Dios dará, se lee en el Apocalipsis, *á cada uno la alabanza. . . . con los libros abiertos,* esto es, haciendo patentes las conciencias de cada uno: los buenos serán colmados de eterno y sumo honor: los hijos de Dios serán conocidos por todos: sus insignes hechos se patentizarán al universo, y serán coronados con el único laurel inmarcesible por el justísimo Juez; pero los malos, los infelices réprobos se cubrirán de confusion, en expresion de San Juan, con sus pecados, por mas ocultos que sean, con sus depravados deseos, con sus pensamientos y sus obras puestas á buena luz en su

verdadero punto de vista. Todo lo que se describe muy detalladamente en el libro de la Sabiduría, en estos términos: *Verán el fin del sabio, y no entenderán qué haya pensado Dios de él, y por qué lo haya resguardado el Señor. Lo verán, y lo despreciarán; mas el Señor se reirá de ellos. Y morirán sin honor.... Entonces los justos se levantarán con gran valor contra quienes los angustiaron, y que con sus violencias é injusticias les arrebataron el fruto de sus trabajos. Los malos, á vista de esto se llenarán de turbacion y de un horrible terror, se asombrarán viendo de repente salvos á los justos contra lo que ellos esperaban. Se dirán á sí mismos arrepentidos y suspirando por la angustia de su corazón: Estos son á los que tuvimos en otro tiempo por objeto de nuestros escarnios, y pusimos por ejemplo de personas dignas de toda clase de oprobios. Nosotros, insensatos, considerábamos su vida como una locura, y su muerte como deshonrosa; sin embargo, hélos aquí ensalzados al grado de hijos de Dios, y su suerte es habitar con los santos. Esto es lo que los pecadores dirán en el infierno; este es el juicio que formarán de los bienes, de los honores y de los placeres de que habrán gozado en su vida, ó que habrán sido el vano objeto de sus deseos.*

La última de las causas que hemos asignado para que despues del juicio particular siga el universal, es para que en aquel dia sean separados los buenos de los inicos públicamente y delante de todos. El evangelista San Mateo nos dice: *Apartará los unos de los otros como el pastor aparta las ovejas de los cabritos y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda.* S. Marcos agrega: *El Hijo del hombre vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará sus escogidos de los cuatro vientos desde el un cabo de la tierra, hasta el cabo del cielo. Finalmente, el mismo Cristo, nos refiere S. Mateo, dijo esta parábola: El reino de los cielos es semejante á una red, que echada en la mar congrega todo género de peces, y cuando está llena, la sacan á la orilla, y sentados allí, escogen los buenos y los meten en vasijas, y echan fuera á los malos. Así será en la consumacion del siglo: saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos, y los meterán en el horno del fuego: allí será el llanto y el crujiir de dientes. No es fácil concebir cuán triste y dolorosa será esta separacion, y cuán vergonzosa para muchos que parece aventajaban á los demas en este mundo, y se verán colocados á la izquierda, mién-*

tras que aquellos á quienes despreciaron y á quienes con odio oculto perjudicaron, estarán á la derecha. Separacion terrible, que romperá los vínculos naturales y sociales mas estrechos, y de un modo que jamas volverán á unirse por toda la eternidad. Procuremos ser justos, y que nuestras amistades sean siempre con los justos, para no separarnos de ellos en aquel dia terrible.

 DIA QUINCE.

San Longinos, martir.

Hablando el sábio jesuita Feller, de ciertas historias de los santos, se expresa así: "No debe desconfiarse demasiado de las tradiciones apoyadas en los martirologios recibidos en la Iglesia de Dios, y acaso en otros documentos, que si no han llegado hasta nosotros, se tendrían á la vista en aquellos tiempos." Decimos esto, por cuanto en este siglo solo se emplea el tiempo en críticas, las mas ocasiones exageradas y aun perjudiciales á la religion de Jesucristo; pero como nosotros no nos proponemos en esta obra sino fomentar la piedad de los fieles, desentendiéndonos de los vanos argumentos de la incredulidad, siguiendo la respetable tradicion en aquellos puntos que no consten comprobados en la historia, hemos resuelto tomarla por guia, al referir las vidas de aquellos santos, cuyos hechos se hallan envueltos en la oscuridad de los primeros siglos del cristianismo.

Tal es la vida del Santo de este dia, al cual se llamó Longinos, nombre derivado del nombre griego que significa lanza, acaso porque se ignora su verdadero nombre. Longinos era soldado gentil de la trópa que custodiaba á Pilato, gobernador romano de Judea; y habiendo pasado el dia del afrentoso suplicio de Jesus en compañía de los otros soldados á quebrar las piernas de los crucificados para abreviar sus tormentos, á peticion de los judíos, por la grande solemnidad del dia siguiente de la muerte del Salvador, encontrándolo ya muerto, omitieron ejecutar en su divino cuerpo la operacion de que iban encargados; pero estando rodeado el Señor de las turbas, vino corriendo con gran furia, y le atravesó la lanza por el lado derecho con tanta fuerza y vehemencia, que le penetró del todo el corazón, de una á otra parte. De esta herida, co-

mo refiere el Evangelio, salió sangre y agua, las que salpicaron los ojos de Longinos que era corto de vista, ó carecia de la de uno de los ojos, y con aquel bálsamo saludable recobró la vista del cuerpo, y tal vez en aquel instante la del alma, siendo uno de los que volvan del Calvario hiriendo sus pechos, y confesando á Jesucristo por Hijo de Dios, como se escribe del Centurion.

Longinos tambien, segun lo dice Metafraste, fué uno de los soldados que custodiaron el sepulcro de nuestro Redentor, y testigo de su resurreccion gloriosa de entre los muertos; y movido sin duda por este milagroso acontecimiento y por la portentosa curacion que en sí mismo habia experimentado, no solo no se dejó corromper por los sacerdotes judíos para que dijese que mientras la guardia se habia dormido, los discípulos de Jesus habian robado su cuerpo, sino que abrazando el cristianismo y abandonando la milicia, se convirtió en un celoso Apóstol, y predicaba por todas partes la fé de Jesucristo.

De Jerusalem, partió á Capadocia, en compañía de otros dos soldados que tambien habian abrazado la fé, y la predicó allí con el mayor fruto, asegurándose que aun fué obispo; pero habiendo los judíos quejándose de él á Pilato, y éste al emperador, consiguieron lo condenase á muerte, lo que se verificó, pasando de órden del mencionado gobernador, algunos de sus ministros á Cesarea de Capadocia, lugar, donde segun dice el Martirologio, se consumó el martirio de nuestro Santo, cortándole la cabeza. Sus reliquias se conservan en varias partes, principalmente en Mantua.

La epístola de del capítulo I de la del Apóstol Santiago.

Carísimos: Tened por objeto de sumo gozo, el caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fé ejercita la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que así vengais á ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna. Mas si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pidasela á Dios, que á todos da copiosamente, y no zahiere á nadie, y le será concedida. Pero pídale con fé, sin sombra de duda; pues quien anda dudando, es semejante á la ola del mar alborotada y agitada del viento acá y allá. Así que, un hombre semejante no tiene que pensar, que ha de recibir poco ni mucho del Señor. El hombre de ánimo doble, es inconstante en todos sus caminos. El hermano, pues, que sea de ba-

ja condicion, ponga su gloria en su exaltacion, mientras el rico la debe poner en su abatimiento, porque se ha de pasar como la flor del heno. Pues así como saliendo el sol ardiente se va secando la yerba, cae la flor, y se acaba toda su vistosa hermosura, así tambien el rico se marchitará en sus andanzas. Bienaventurado, pues, aquel que sufre con paciencia la tentacion, porque despues que fuere así probado, recibirá la corona debida, que Dios ha prometido á los que le aman.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: que si el grano de trigo, despues de echado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. El que ama su alma, la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: que donde yo estoy, allí estará tambien mi siervo. Y aquel que me sirve á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

Sobre la facilidad y seguridad de hallar á Dios, cuando se le busca con sinceridad y pureza de veras.

Considera que si buscamos á Dios, y buscamos solo á su Magestad le hallaremos. Mas si nos buscamos á nosotros mismos, si solicitamos nuestros intereses ó gustos, jamás los encontraremos. Todos corren, dice San Pablo; pero uno solo se lleva el premio. Y para conseguir lo que buscamos en el mundo, ¡qué grandes dificultades no hallamos! ¡Qué de desvelos! ¡Qué de enfados! Qué de fatigas! ¡Y en qué vienen á parar todas estas penas y ansias? En solicitar y buscar siempre, y hallar nunca nada. Mas cuando baseamos á Dios, le hallamos seguramente: se hace encontradizo ordinariamente, aun á los que no le buscan, y se anticipa á los que le desean aun, antes que empiecen á buscarle. Este sumo bien siempre hace mas de la mitad del camino, excusándonos una buena parte del trabajo que debiamos aplicar en buscarle. Cuando le imaginamos mas lejos, le hallamos en medio de nosotros; pero ¡ay Señor! que yo no os puedo buscar, si vos primero no empezais á buscarme; ni puedo ir á vos, sino por vos mismo. Buscadme, pues, y os buscaré, y buscandooos os hallaré, y con vos todos los bienes.

Considera, que cuando nos buscamos á nosotros mismos, y cuando es para nuestra conveniencia y satisfaccion, buscamos las criaturas, los gustos y las honras; pero aunque los lleguemos á encontrar, nunca nos pueden saciar ni contentar nuestros deseos; porque todos éstos bienes son falsos, vanos y breves, que divierten nuestro corazón, pero no le llenan; irritan nuestras pasiones sin satisfacerlas; incitan nuestros deseos; pero sin contentarlos; como fueron criados para nosotros, podemos usar de ellos; pero como nosotros no fuimos hechos para ellos, no podemos entregarnos á ellos totalmente; son medios para ir al fin, y por esta razon nos pueden ser de alguna utilidad; pero como no son el fin para que fuimos criados, no pueden hacer nuestra dicha. Pero si hallamos á Dios, nuestro corazón quedará verdaderamente contento, porque su divina Magestad es el centro de todos nuestros movimientos, en quien por consiguiente hallamos nuestro reposo; es el término de nuestros deseos; con que sólo Dios los puede satisfacer; es nuestro supremo bien; con que sólo su divina Magestad nos puede contentar. Así es que, aunque hallásemos todos los bienes que deseamos y buscamos con tanta ansia, y aunque estos fuesen verdaderos, sólidos y grandes, no podían hacernos felices, porque no podrian durar siempre, ó acabarían por sí mismos, siendo como son perecederos; ó los perderíamos por mil accidentes que nos los pueden quitar, ó la muerte nos separaría de ellos con brevedad. Bienes que acaban con el tiempo, no pueden hacer una dicha que debe durar para nuestro bien, toda la eternidad. Nada perecedero puede contentar á una alma inmortal; pero vos, Dios mio, si os he hallado una vez, no os puedo perder, si no quiero. Por mas que conspiren contra mí los hombres y los demonios, no pueden separarme de mí Dios. Podrán... quitarme todos mis bienes, mi salud, mi honra, mi vida; pero no pueden quitarme á mí Dios. ¿Y el que le posee, no es acaso bastante rico? ¿No debe estar satishecho? Si no lo estás, es porque no le posees.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Habiendo Dios criado nuestras almas con una capacidad tal que no se sacia, ni puede saciarse con ningun bien terreno, ni aun con la posesion de todo cuanto abarca el mundo, nos da bien á entender, que no debemos aspirar á otro que al sumo bien, solo capaz de llenar esta inmensa capacidad, y de formar la verdadera felici-

dad del hombre. Bien lo entendió el angélico doctor Santo Tomás, cuando preguntándole el Señor, qué recompensa queria por lo bien que de su Magestad habia escrito, le respondió humildé y amorosamente. *No otra, Señor, sino vos mismo.* Este debe ser nuestro deseo, y la felicidad á que únicamente aspiramos. Poseer á Dios, es poseerse á sí mismo, y poseer todas las cosas en Dios. Pues el que á él no posee, nada posee, todo lo pierde, y se pierde á sí propio. ¿Qué deberemos, pues, hacer para evitar tan inmensa desgracia? ¡Ah! Buscar á Dios, y buscarle con la mayor solitud. Este debe ser nuestro propósito; y la peticion, la perseverancia en buscarle, hasta que le hallemos, de modo que jamas le perdamos.

JACULATORIA.

Por las calles y plazas busqué al amado de mi corazón; le hallé, y no le dejaré.

LECCION.

Sobre el infierno.

La muerte eterna es la separacion perpetua de Dios; Dios es la vida de nuestra alma, como el alma es la vida del cuerpo, de manera que el alma separada de Dios se halla en estado de muerte eterna. Los condenados á esta desgraciada suerte por no hallarse inscriptos en el libro de la vida, sufriran infinitas y distintas penas, que pueden reducirse á las siguientes. Serán eternamente privados de la vista y presencia de Dios, y no entrarán jamas en el cielo. Lo segundo, serán eternamente atormentados por los remordimientos inútiles de su conciencia; y lo tercero, habitarán en el infierno con los demonios.

La privacion de la vista de Dios y de la entrada en la gloria se manifiesta expresamente por el mismo Salvador, que segun S. Mateo, dijo así: *Quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así á los hombres, será llamado muy pequeño en el reino de los cielos; mas quien hiciere y enseñare éste será llamado grande en el reino de los cielos.* No obstante que son inexplicables las penas del infierno, puede concebirse que el suplicio mayor de los condenados es la pena que se llama de daño, y consiste en carecer de la vista, gracia y amistad de Dios, nuestro último fin. Para comprender esta verdad basta reflexionar que sien-

do Dios la suma felicidad del alma, es indispensable que su separacion y su pérdida sea su suma infelicidad. Y así dice San Juan Crisóstomo que mil fuegos infernales juntos no causarían al alma tanto tormento, como el que padece por estar separada de Dios.

Los remordimientos inútiles de su conciencia serán un tormento insufrible y eterno, pues su arrepentimiento no los librará ya de su desgracia. ¡Con cuánto dolor verán que violaron las reglas de la justicia y santidad, conociendo haber ultrajado al mismo Dios, de quien era aquella justicia que despreciaron sin haberla querido conocer! Conocerán que mientras vivieron, tuvieron los ojos cerrados al esplendor de la verdad, y eternamente no verán ya otra cosa que esta verdad misma que les mostrará sus iniquidades, pronunciando sin cesar el decreto irrevocable de su condenacion. El pecador impenitente, aun en esta vida está separado de Dios; no puede sufrir la luz de la divina presencia, huye y se oculta del Señor como de su mayor enemigo; y si en este estado le asalta el tránsito de la vida á la eternidad, no puede dudarse que encontrará su mansion, no en las celestiales regiones, ni en la sociedad de los santos y de los ángeles; tampoco en la inmediata y gloriosa presencia de Dios; sino en las tinieblas exteriores, en la casa de la muerte y del espanto, y en la compañía de los ángeles caidos, á cuyo dominio habia estado sometido.

Para poder concebir cuán terribles sean las penas de los sentidos, se deben considerar separadamente las interiores y las exteriores: por estas segundas se entiende todo aquello que pueda atormentar la vista, el oído, el olfato y todos los demas sentidos; pero el tormento mas cruel será el fuego devorador, de una violencia y actividad mucho mas eficaz, que la del fuego que conocemos; fuego tal que abraza y no consume, que penetra y que no deja parte alguna en que no cause vivísimos dolores, sin conceder tregua ni descanso el mas corto. Por lo que toca á las penas del alma, aunque no podemos comprender con toda claridad cómo ha de ser atormentada cuando está separada del cuerpo, entre tanto llega el juicio final. La Sagrada Escritura nos da fundamento para creer que el fuego del infierno obrará por una virtud sobrenatural sobre los cuerpos sin consumirlos, y sobre las almas como sobre los cuerpos; es tambien la opinion de San Agustín, y tambien de la mayor parte de los Padres de la Iglesia.

Es preciso advertir, que la fé cristiana nos enseña que los répro-

bos serán eternamente separados de Dios, y privados de la bienaventuranza, que es la mayor pena de una criatura criada para Dios. Debemos tambien creer que padecerán para siempre los cuerpos y las almas de los condenados los mas violentos tormentos con un fuego eterno, como lo hemos visto en los testimonios de la Escritura que hemos copiado. No padecerán igualmente todos los répro-bos: el castigo será á proporcion de la desigualdad de los crímenes y pecados; pero todos padecerán igualmente la pena de la privacion de Dios y de la eternidad en el padecer, como se manifestará mas ámpliamente en la siguiente leccion; la desigualdad, pues, solo consistirá en cuanto á la pena del fuego. En el Apocalipsis se lee, hablando de Babilonia. *Tornadle á dar, así como ella os ha dado, y pagadle al doble segun sus obras: en la copa que ella os dió á beber, dadle á beber doblado. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dareis dos tormento y llanto.*

Es necesario persuadirse, que sobrepujando con tanto exceso las penalidades y los tormentos indecibles de la otra vida á todos los de ésta, jamas hemos de mirar ni de reputar como bien, sino por el contrario, como un grande mal todas las cosas que pueden conducirnos al infierno. La consideracion de aquellas terribles penas, puede tambien servirnos bastante para despreciar como ligeros y de ningun valor, los males del cuerpo. Los mismos trabajos de esta vida, deben hacernos recordar con frecuencia las penas eternas, y servirnos de advertencia continua para poder obrar de manera que las evitemos. Aun cuando estas consideraciones del infierno no nos fuesen necesarias para evitar el pecado, y afortunadamente nos encontrásemos ya en aquel grado en que la caridad ardiente expele todo temor, lo que rara vez sucede en el mundo, y es muy peligroso creer uno de sí mismo; no dejarían sin embargo de sernos útiles, y aun á veces necesarias, así para conservar por nuestra parte el agradecimiento que debemos mostrar á Dios, de habernos puesto su misericordia en aquel dichoso estado de caridad, como para despertar la compacion que debemos tener de las almas que se precipitan á estos abismos de males. De manera que el temor de las penas eternas, no solamente introduce la virtud de la caridad cuando todavia no es Señor del corazon, y la guarda y conserva cuando todavia es débil é imperfecta, sino que la alimenta tambien cuando se encuentra ya en su mayor estado de perfeccion y pureza, con solo esta distincion, que en aquellos dos primeros estados temo el

hombre mas por sí que por los demas, y en el estado de caridad perfecta, teme mas por los demas que por sí.

No olvidemos por último, la memorable parábola de los talentos, que hemos referido en las lecciones anteriores: al paso que en ella vemos la perfecta equidad con que nos tomará cuenta el justo Juez, y que la ganancia de cada hombre se computará por los auxilios que halla recibido, y al paso tambien que nos da á entender que habrá varios grados de gloria y de pena, segun los varios grados de virtud ó de vicio, en ella se nos da una clara leccion, de que cualquiera que sea la situacion del hombre en la tierra, será responsable del uso que haya hecho con los talentos que haya recibido, y que se dirá del siervo inútil. *Echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes. Y que Dios retribuirá á cada uno segun sus obras, esto es, como dice San Pablo á los romanos, con la vida eterna, á los que perseverando en obras buenas buscan gloria y honra é inmortalidad. Mas con ira é indignacion á los que son de contienda y que no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. Tribulacion y angustia será sobre toda alma de hombre que obra mal: del judío primeramente y del griego; mas gloria y honra y paz, á todo obrador del bien: al judío primeramente y al griego, porque no hay acepcion de personas para con Dios. . . . En el dia en que Dios juzgará las cosas ocultas para los hombres.*

DIA DIEZ Y SEIS.

San Abraham, ermitaño.

San Abraham nació en la Siria ó Mesopotomia en el siglo IV. de la Iglesia, y fué hijo de unos padres muy ricos, y por consiguiente demasiado apegados á las vanidades del mundo. Los sentimientos de nuestro santo eran totalmente contrarios desde niño; de tal suerte, que mientras aquellos pensaban en los honoríficos puestos en que pretendian colocarlo cuando llegase á la edad competente, éste solo se ocupaba en formar su corazon para la piedad, entregándose á la oracion, el retiro y la atenta lectura de los libros sagrados.

Habiendo entrado en la edad de la pubertad, lo obligaron sus padres á contraer matrimonio; pero Abraham, movido de una supe-

rior gracia, abandonó á su esposa y huyó de la ciudad, retirándose á un lugar distante de ella tres cuartos de legua, encerrándose en una celdilla abandonada que encontró allí. Buscáronlo sus parientes con el mayor empeño, y al cabo de diez y siete dias, lo hallaron en aquel retiro haciendo oracion. Esforzárse en vano en hacerlo volver á su casa; y convencidos de la firmeza de su resolucion, desistieron de la empresa de llevarse, prometiéndole no molestarlo mas. Luego que se retiraron hizo tapiar Abraham la puerta de la ermita, sin dejar mas que una ventanilla por donde le introdujesen algunos panes en ciertos dias. Separado tan completamente del siglo, se entregó con toda libertad al ejercicio de todas las virtudes, en las que hizo tales progresos, que difundiéndose la fama de su santidad por los lugares circunvecinos, acudia á visitarlo multitud de gente, á la que con la mayor caridad daba instrucciones, llenas de ciencia, sabiduria y consolacion.

A los doce años de esta vida angelical, perdió nuestro santo á sus padres, quienes le dejaron una herencia cuantiosa; pero la hizo repartir entre los pobres por medio de un amigo de su confianza, y continuando el método de vida que habia emprendido, entregado á los ejercicios mas austeros de la penitencia, á las mayores privaciones de la pobreza, á la continua meditacion de las verdades eternas, y á la práctica no interrumpida de las virtudes, pasó otros cincuenta años con un espíritu siempre igual, y que nunca se entibió en un periodo tan largo, ni por el uniforme rigor de sus maceraciones.

Pero al fin, habiendo la Providencia dispuesto colocar esta encendida luz sobre el candelero, salió Abraham de su amado retiro para el bien de muchas almas. Cerca de la ciudad que habia abandonado, se hallaba un pueblo muy poblado de gente idólatra y bárbara á quien jamás habia podido reducir ninguna clase de misioneros, por mas diligencias que el obispo habia practicado para su conversion; pero noticioso éste de la santidad de nuestro santo, pasó á verlo con su clero, y á pesar de su humilde resistencia, lo ordenó de sacerdote y lo encargó de aquella mision tan dificil, como verdaderamente apostólica.

Preparado el nuevo sacerdote con ayunos, oraciones y fervorosas súplicas para obtener la ayuda del cielo, se dirigió al lugar de su mision. Bendijo Dios sus primeros trabajos; y animado con tales frutos, Abraham edificó una iglesia, adornándola con todo lo nece-